

Cambios Entre la Convicción y la Necesidad

Revoluciones del Neoliberalismo

- ★ Sacrificios Para Preservar lo más Importante: el Poder
- ★ Tiene el Viento a Favor la Nave del Presidencialismo
- ★ Relaciones Estado-Iglesia: Largo Trayecto de Retorno

LORENZO MEYER

Las revoluciones que desde el poder está llevando a cabo el neoliberalismo mexicano parecen obedecer tanto a las convicciones de sus líderes como a las necesidades de un régimen debilitado que busca reconstruir sus bases de apoyo.

El concepto de revolución neoliberal corresponde más a la definición antigua que moderna de revolución. Como se recordará, el término revolución llegó a la política proveniente de otras disciplinas, donde significa el desplazamiento circular de un cuerpo alrededor de un punto, como el de un planeta en torno del sol. En este sentido revolución no significa necesariamente la destrucción completa, rápida y violenta de un sistema o régimen político, sino más bien el proceso, violento o no, por medio del cual un sistema político pasa de una situación a otra que tiene características similares a las de algún momento en el pasado. La idea central, pues, es que el cambio no es enteramente inédito, que tiene algo, quizá mucho, de retorno.

REVOLUCIONES DEL

Sigue de la primera plana

La propuesta presidencial de reprivatizar la banca es un buen ejemplo de revolución en el sentido apuntado en el párrafo anterior: es el retorno, tras un penoso andar, a un punto muy similar al de partida. De cumplirse el proyecto presidencial para modificar la legislación bancaria —y todo indica que no hay obstáculo que lo pueda frustrar, pues en el Congreso al siempre disciplinado grupo priista se le unirá ahora el panista— la burguesía mexicana volverá a ser una burguesía como Dios manda: tendrá, como lo tuvo antes de 1982, un gran núcleo financiero desde el cual podrá influir de manera decisiva en las actividades que directamente le interesan en el área de producción y comercialización o bien influirá con determinación en las decisiones que tomen las burguesías industrial, agraria y comercial.

★

En las relaciones Iglesia-Estado la revolución aún no está completa y, en cualquier caso, el trayecto para el retorno ha sido mucho mayor. Esta revolución para ser tal necesita que se formalicen las relaciones entre el Estado Mexicano y el Estado Vaticano, pero la dirección de los acontecimientos apunta hacia allá. Como se señaló, el trayecto de este retorno ha sido complicado y largo —más de siglo y cuarto— pues la última vez que hubo un nuncio apostólico en México fue durante la época del emperador liberal, Maximiliano de Habsburgo. Sin embargo, no es aventurado sostener que la relación

Iglesia-Estado ya ha vuelto y superado, en forma y sustancia, por lo menos a la relación que mantenían ambos actores antes del estallido de la Revolución mexicana, durante el porfirato. Claro que el tiempo no ha pasado en vano y esta Iglesia, al igual que los banqueros, no es la misma que fue, pero su proyecto político global siguen siendo hoy el mismo de entonces: destruir las trabas constitucionales que se le ponen a alguna de sus actividades fundamentales, como las educativas, por ejemplo.

La marginación política actual de la Iglesia es, entre otras cosas, producto de la enconada lucha entre esa institución y el Estado que dio en el siglo XIX y luego a principios del XX. La debilidad relativa del Estado mexicano en el medio siglo que siguió a la independencia, llevó al grupo liberal a adoptar como una de sus metas fundamentales la destrucción de las bases políticas de la fuerza que oponía la mayor resistencia a su demanda del poder: la jerarquía católica. Años después, la Revolución mexicana, en particular los revolucionarios nortños, volvieron a ver a la Iglesia católica con los mismos ojos de los liberales: como un rival peligroso en la lucha por el control de la sociedad civil mexicana. Es pues la inseguridad de un sistema político en construcción lo que llevó a dictar a los liberales y a los revolucionarios términos tan duros a la Iglesia como los que están contenidos en las Constituciones de 1857 y 1917.

El mismo argumento —debilidad del régimen—

se puede usar para explicar la sorprendente ruptura del gobierno presidido por José López Portillo con la gran burguesía mexicana al final de 1982. En efecto, la nacionalización de la banca fue una medida provocada por la desesperación presidencial ante la impotencia para impedir el desmoronamiento del gran sueño lopezportillista: la transformación de México en una "potencia media" por medio de la administración de la abundancia petrolera. La prepotencia del presidencialismo no pudo admitir que el desastre económico fuera producto de la mala suerte combinada con los malos cálculos, las malas decisiones y los malos manejos de una burocracia gubernamental, en cuyas manos estaban directamente y como pocas veces en la historia de México, las decisiones básicas de política económica. Para tratar de salvarse ante la historia y salvar al sistema político imperante, José López Portillo buscó que el grupo bancario hiciera el pago económico y político de la crisis en que entró la economía mexicana en 1982. A la corta logró su objetivo, a la larga no.

★

El proyecto neoliberal encabezado por el Presidente Salinas es menos el producto de una conversión sincera de la élite política mexicana a la ideología, de la economía de mercado y más el resultado del cálculo frío de lo que había que sacrificar —una parte del poder estatal y el sistema corporativo— para preservar lo realmente importante: el poder. Sin embargo, el nuevo orden neoliberal requiere de una reestructuración de las bases sociales de apoyo del régimen, pues el castigo al nivel de vida de las mayorías ha sido tan terrible que el PRI y sus sectores —productos del populismo— han dejado de ser el sólido basamento del presidencialismo mexicano que una vez fueron. Hoy, al presidencialismo que insiste en permanecer como característica principal de la organización política mexicana, le hacen afita bases nuevas, sólidas. Desde la perspectiva gubernamental, los banqueros privados y la jerarquía eclesástica son dos fuerzas sociales, dos actores políticos, que prometen aportar al régimen neoliberal un nivel de apoyo que ya no es capaz de dar, por ejemplo, la CTM o la CNC.

Las decisiones del Presidente Salinas en torno del acercamiento con la Iglesia y a la resurrección de la burguesía bancaria son parte de un esquema inteligente de acción política. Las encuestas demuestran que son minoría quienes se oponen al restablecimiento de relaciones formales de México con el Vaticano (una minoría bastante grande, pero minoría al fin) y quienes desaprueban la reprivatización de la banca. La nave del presidencialismo neoliberal tiene, por ahora, el viento a favor.

En el largo plazo, y pese a su enorme importancia, este sistema de alian-

NEOLIBERALISMO

zas entre las élites que está construyendo o reforzando la presidencia salinista, no puede ser garantía suficiente de la viabilidad del proyecto político de la revolución neoliberal. Para darle solidez, se requiere que el proyecto y el grupo dirigente se arriesguen a la prueba de las urnas. Es necesario, por tanto, alentar y no, como hasta ahora ha sido el caso, obstaculizar la construcción de un verdadero sistema de partidos del que finalmente pueda surgir la legitimidad insustituible: la de las urnas. Los industriales, los grandes comerciantes o los obispos, pueden movillar los apoyos cotidianos míni-

mos indispensables que necesita el gobierno para imponer sus decisiones a la sociedad sin mucha violencia y para extraer de ella los recursos que necesita para mantener y reproducir a su aparato de dominación. Sin embargo, este consenso entre las élites no puede ser el sustituto de la consulta electoral a la masa a los mexicanos realmene a los mexicanos realmente masivo al sistema (apoyo real, no el que se fabrica con cifras electorales que no convencen) no se puede llegar a tener un marco político adecuado para que las fuerzas del neoliberalismo o de cualquier otro modelo actúen con la segu-

ridad que da la certeza de que pase lo que pase en la economía, no hay un déficit de legitimidad política, única garantía de la estabilidad social de largo plazo.

★

Así pues, concluyo este ensayo aceptando que independientemente de las preferencias individuales el proyecto presidencial salinista avanza y se afianza con el par de revoluciones en la relación del gobierno con los banqueros y la jerarquía católica. Es posible que si al apoyo de banqueros y eclesiásticos se le une el del resto del gran capital, el de los factores internacionales de poder y un

crecimiento de la actividad económica. —que pese a concentrar aún más la riqueza produzca un aumento en el deprimido nivel general de vida— el grupo salinista termine el sexenio en condiciones mejores de las que tenía cuando lo inició. Sin embargo, ni el crecimiento del producto bruto interno ni ninguno de los arreglos entre los poderosos es verdaderamente un sustituto de la fuerza que da la democracia real, de esa que consiste en poner tanto a los proyectos como a los líderes en la línea y correr el riesgo del juego electoral. Y esa democracia aún nos falta.